

CRÍTICA DE LIBROS

Manual de nutrición

**D. Buss, H. Tyler,
S. Barber y H. Carwley**

Editorial Acribia. Zaragoza
1987. 154 págs.

**PROFESOR GREGORIO
VÁRELA**

ipi E trata de un pequeño-gran libro sobre nutrición. Es una traducción de la novena edición inglesa de la obra «Manual of Nutrition», Ministry of Agriculture, Fisheries and Food, Her Majesty's Stationery Office, London. Es muy difícil en el reducido número de páginas del mismo (154) poner al día, como logran sus autores, lo más interesante de este apasionante tema.

La labor de información y divulgación que sobre nutrición lleva a cabo, desde hace muchos años el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación del Reino Unido (y de la que forma parte la edición inglesa de este libro) es ejemplar.

Como dice en el prefacio: «La novena edición del manual de nutrición se publica en un momento en el que cada vez tienen más interés las relaciones entre alimentación y salud.» Consecuente con este propósito, en el mismo se exponen con la mayor claridad el papel de la energía y de los nutrientes, así como de los alimentos que los aportan, en el organismo del hombre.

Recordemos, además, que los alimentos son sólo un almacén potencial de nutrientes, que han de ser desarrollados por los diferentes fisiologismos del hombre que los ingiere. Por ello el libro explica la forma en que

los alimentos son digeridos y metabolizados para aprovechar esta potencialidad.

La publicación, junto a estos aspectos que podríamos llamar «convencionales», no olvida algunos problemas de especial actualidad, como son el caso de la grasa dietética, el azúcar, la sal y la llamada fibra dietética.

En nuestra opinión, uno de los grandes problemas de la nutrición actual es que el esquema teórico de la misma es muy sencillo, por lo que todos se creen capacitados para hablar de ella. En principio este esquema se basa en estimar, por un lado, cuáles son las recomendaciones dietéticas aconsejables en energía y de cada uno de los nutrientes (proteína, grasa, fibra, minerales y vitaminas). Por otro se trataría de conocer la cantidad que realmente ingerimos de esta energía y nutrientes. La comparación entre lo que sería recomendable ingerir y lo que realmente ingerimos puede servirnos de base teórica en la que sustentar el diagnóstico del estado nutricional de individuos y colectividades.

Sin embargo, la realidad es que, pese a este esquema teórico tan sencillo, en la actualidad estamos muy lejos de conocer los dos aspectos del mismo, tanto en lo que se refiere a las recomendaciones dietéticas como al conocimiento de la ingesta real.

Por ejemplo, en lo que se refiere a las primeras empezamos a tener un conocimiento razonablemente satisfactorio de las recomendaciones para los individuos sanos, bastante menos para los llamados grupos vulnerables (niños, gestantes, lactantes, ancianos, etc.), y todavía es mucho mayor el desconocimiento de estas recomendaciones para las diferentes patologías.

Recordemos también que, como tuvimos ocasión de poner de manifiesto en un «sympó-sium» celebrado no hace mucho tiempo en Bad Soden, tenemos un conocimiento también satisfactorio de los cambios que tienen lugar en los alimentos al ser industrializados. Sin embargo, estamos muy lejos de poder predecir cuál sería el valor nutritivo de una receta culinaria o de una combinación de alimentos que es la forma habitual de consumir éstos. No es fácil lograr este objetivo, ya que no se trata de una propiedad aditiva. En otras palabras, que el valor nutritivo de los diferentes componentes de una receta no es la suma de lo que aportan cada uno de ellos, porque entre los distintos componentes tienen lugar fenómenos de complementación que pueden, además, cambiar por el propio proceso culinario, y que dificultan el poder predecir cuál será el valor nutritivo de una determinada receta culinaria. También este punto es tratado en el libro que estamos comentando.

En esta misma línea de pensamiento, Arnold Bender, uno de los proteinólogos de mayor prestigio mundial, recientemente se atrevió a defender la idea de que había llegado el momento de que nos interesara más conocer la calidad de la proteína, de los distintos alimentos que forman la dieta en su conjunto, que la de cada uno de los mismos aislados. Por ello, una de las líneas de investigación de máxima actualidad en nutrición es, precisamente, tratar de conocer el valor nutritivo de las dietas más habitualmente consumidas por las distintas colectividades. Este moderno tema tampoco es olvidado en el libro que estamos comentando.

Es evidente la importancia de compaginar la programación de

dietas equilibradas con el coste de las mismas, y por ello en el libro que estamos comentando se presta atención a este problema, lo que no suele ocurrir en la mayoría de las publicaciones relacionadas con el tema. Pero el libro llega a mucho más y, por ejemplo, se ocupa también de plantear ejercicios prácticos muy sencillos para calcular el valor nutritivo de diferentes dietas, utilizando las Tablas de Composición de Alimentos que también se incluyen en el mismo. Este termina recomendando una serie de libros y publicaciones para aquellos interesados en profundizar en el conocimiento de la nutrición actual.

¡Y todo esto en 154 páginas!, y de una lectura extraordinariamente amena. En definitiva, se trata de ese libro que a todos nos hubiera gustado escribir.

Sociología del episcopado español e hispanoamericano (1789-1985)

José Manuel Cuenca

Editorial Pegaso. Madrid
1986. 616 págs.

**JOAQUÍN TOMAS
VILLARROYA**

El profesor Cuenca Toribio es uno de los mejores conocedores de la historia eclesiástica de España. Desde hace largos años, se encuentra dedicado a la tarea de explorar archivos y registrar documentos de la índole más diversa para explicar la trayectoria seguida por la Jerarquía española durante el siglo pasado y el presente, en su

menester específicamente religioso y en su actuación en la vida política y social de España. La tarea intelectual de Cuenca Toribio no se agota en ese campo: se ha proyectado también sobre la historia de Andalucía con estudios rigurosos, semblanzas personales o escenas de la vida social de aquella región. La historia de la Iglesia y la de Andalucía son, pues, los dos centros de interés sobre los que recae la atención constante de este historiador, que conjuga el análisis de los datos con la observación esmaltada por citas de procedencia muy diversa, que ayudan a la mejor y más viva comprensión del tema tratado. Todo ello siempre con ponderación y comprensión, pero también, en ocasiones, con algún apunte crítico y polémico.

En fecha reciente ha aparecido la segunda edición del libro que aquí se va a comentar. La pretensión que su título dibuja puede parecer ambiciosa y aún desmedida: el análisis sociológico del Episcopado español e hispanoamericano en los dos últimos siglos. El ámbito geográfico del estudio es grande; pero el período histórico que comprende resulta impresionante. Los primeros Prelados que se asoman a este libro viven la época de la Revolución francesa; para los últimos, la Revolución rusa es ya historia muy lejana y antigua. El mundo de 1789 y el de 1985 son tan dispares que apenas pueden medirse con las mismas categorías históricas. Con tales observaciones y divagaciones se trata de subrayar aquí el reto que Cuenca ha asumido: condensar, desde una perspectiva sociológica, la historia de una *élite* entre dos momentos que abren y cierran un precipitado abrumador de doctrinas y acontecimientos que aquella, en parte, protagonizó y soportó. El empeño tenía sus riesgos: la superficialidad, la dispersión, el tratamiento de tiempos y circuns-

tancias demasiado heterogéneos. Pues bien, quizá el primer logro de este libro es el conseguir ofrecernos una visión rigurosa y trabada de las diferentes épocas que comprende. Resulta difícil adivinar el tiempo invertido en su redacción material; es fácil afirmar que, detrás de él, existen largos años de búsquedas, de estudio, de meditación.

El libro parte de una premisa que condiciona su contenido y la metodología: la aplicación de la teoría de las *élites* al estudio del episcopado español en las dos últimas centurias. La validez e interés de esta perspectiva puede justificarse por razones varias: la identificación entre religión y patria, defendida prolongada y fervorosamente por los componentes del Episcopado; la aceptación de tal consustancialidad —salvo determinados momentos— por los titulares del poder civil; la plenitud con que los miembros de la Jerarquía han asumido algunas de las funciones que los tratadistas atribuyen a las *élites*; la evidencia de la influencia del catolicismo en la vida política y social de España ejercida principalmente a través de los Prelados, ya de manera individual, ya de manera colectiva. La Jerarquía eclesiástica tiene, pues, títulos sobrados para figurar en la pirámide del poder en la España contemporánea. Si no se comportó siempre como tal no se debió sólo a las resistencias con que pudo tropezar, sino también a limitaciones propias: falta de temperamento político, de dirigentes de amplia visión, de líderes con autoridad indiscutida. El acierto con que procedió esta *élite* resulta discutible; la historia de España desde el fin del Antiguo Régimen y nuestras Antiguas Regiones no pueden entenderse sin analizar, con detenimiento y sin pasión, la actuación de la Jerarquía eclesiástica en momentos decisivos de la vida política nacional. Y quizá ninguna otra *élite* consiguió y soportó entre

nosotros situaciones más dispares: desde una influencia desmedida, que dañó su misión espiritual, a una persecución y exterminio pocas veces superada como las que la Iglesia ha sufrido desde sus comienzos.

En suma, la consistencia de esta **élite** podría ser relativa, pero deberá referirse a un país en que todo es inconsistente. La actuación se presta a juicios muy dispares. Pero la perspectiva adoptada por Cuenca Toribio es, de todo punto, válida y fecunda. Este libro resulta del más alto interés por lo que contiene, pero también por lo que sugiere: apunta tesis que otras investigaciones podrán confirmar, completar y en su caso corregir. Una vía nueva en la historia de la Iglesia española queda abierta.

El trabajo del profesor Cuenca abarca —según ya se ha señalado— un amplio perímetro de la historia española: 1789-1985. Lo divide en cuatro partes: el Antiguo Régimen (1789-1846), el pontificado de Pío IX (1846-1878), de la Monarquía de Sagunto hasta la II República (1878-1939), y el franquismo y la democracia (1939-1985). Cada una de estas partes se compone de dos capítulos: en el primero, titulado **Elementos constitutivos**, que es el propiamente sociológico, se estudia el origen social de los obispos, la edad de preconización, la duración de los pontificados, la extracción regional, y la formación intelectual; en el segundo, titulado **Mecanismos de selección**, se analizan los procedimientos de nombramientos y los problemas de índole política que este asunto conlleva.

El estudio laborioso y documentado permite seguir paso a paso la evolución del episcopado español durante los dos últimos siglos. Nos podemos fijar en los datos más expresivos y reveladores. La **edad media de preconización** en el primer período estudiado es de cincuenta y cinco años y siete meses; en el

segundo, cincuenta y cuatro años y ocho meses; en el tercero, cuarenta y nueve años y diez meses, y en el cuarto y último, cuarenta y ocho años y diez meses. Las diferencias poco significativas entre el primer y último período manifiestan claramente una constante en el nombramiento de los obispos: se trata de seleccionar personas de madurez, plenitud, equilibrio y simultaneidad de energías físicas e intelectuales; la edad es siempre superior a la de las otras élites españolas; tal disparidad se explica por la naturaleza y carácter del cargo episcopal, que requiere dosis de prudencia y tacto superiores a las de los otros cuerpos gobernantes. El **origen social** resulta de más difícil análisis por el silencio en este punto de las fuentes consultadas; pero el estudio muestra la siguiente evolución: en el primer período hay una notable presencia de miembros de la nobleza y de nacidos de familias de alta profesión, siendo pocos los oriundos de hogares menesterosos; en el segundo, los datos arrojan una gran variedad, que se mantiene sin grandes altibajos a lo largo de toda la historia moderna, siendo la nota más relevante el origen rural de la mayoría de los obispos; en el tercero, mantiene la misma tónica, pero con un claro descenso de los miembros de la nobleza y un aumento considerable de los nacidos de padres que ejercen profesiones liberales; y en el último, aunque la extracción social sigue las mismas pautas, se aprecia un neto aumento de los miembros de familias de clase media, tanto rural como urbana. La conclusión que se impone de todos estos datos es el carácter interclasista del episcopado y la progresiva democratización del origen. El origen regional es uno de los temas más interesantes: revela un claro desplazamiento desde las dos Castillas y Andalucía hacia Le-

riodo, los nacidos en Andalucía y las dos Castillas suponen el 40,8 por 100 del episcopado; en el segundo, el 50,7 por 100; en el tercero, el 31 por 100, y en el cuarto es ya solamente el 29 por 100. Y los nacidos en Levante —Balears, Valencia y Cataluña— pasan de un 12,8 por 100 en el primer período a un 31,6 por 100 en el último. Este aumento de obispos nacidos en Levante se explica en unos casos, como Balears, por la vitalidad de su catolicismo; en otros, como Valencia, por la proyección nacional lograda por la calidad de las enseñanzas impartidas en su Seminario y el consiguiente prestigio de sus docentes. Por último, al tema de la **formación intelectual**. La mayoría de los obispos, por no decir todos, han cursado —como es lógico— estudios de Teología, en el primer y segundo período, a la Teología sigue el Derecho Canónico y, a larga distancia, Filosofía, Historia, etcétera; el panorama es un poco más variado en los dos últimos. Los centros donde cursan los estudios son, en el primer período, las universidades castellano-aragonesas. En el segundo, debido a la transición y cambio que atravesó la Universidad española, las Universidades de Cervera, Huesca, Osma, Alcalá, van siendo reemplazadas por las de Madrid y Barcelona. Cuando se derrumbó definitivamente la clericalización del **alma mater**, y la Iglesia tuvo que potenciar sus Seminarios —algunos de los cuales se transformarían en Universidades pontificias—, es en estos centros donde estudiará la mayoría de los obispos de la época. Finalmente, en el período más inmediato, la formación de los futuros obispos se sitúa en dos lugares: de una parte y especialmente, la Universidad Gregoriana; de otra, Comillas. Con todo, se advierte un incremento, que no puede olvidarse, de los estudios realizados en prestigiosas Universidades del extran-

jero, principalmente *Lo vaina y Munich*. Resulta difícil medir y ponderar la calidad científica de esta formación, su ajuste a las necesidades de cada época, la labor intelectual llevada a cabo por los obispos y su influencia sobre el mundo de la cultura y el pueblo fiel. El juicio del autor es en este punto, quizá con sobradas razones, un tanto negativo.

En los capítulos consagrados a los **mecanismos de selección** el libro pone de manifiesto, a pesar de lo difícil de este estudio por el carácter secreto del tema y la escasez de fuentes, que, en cualquiera de los modelos de selección utilizados, el Estado dejó siempre a la Santa Sede una gran libertad de movimiento, y ello —contrariamente a lo que en ocasiones se ha afirmado— también durante el régimen del General Franco. Ciertamente, siempre hubo momentos de especial conflictividad y de largas negociaciones; pero la Santa Sede pudo siempre proponer y nombrar los obispos que, según sus criterios religioso-pastorales, precisaba la Iglesia de España. La conclusión que el profesor Cuenca saca de su amplio estudio es la siguiente: «El proceso estudiado deja ver la incesante desaristocratización del episcopado español contemporáneo, el predominio en sus filas de hombres del septentrión y de Levante, la abundancia de teólogos y canonistas, la escasez de intelectuales y la hegemonía de administradores. Su dependencia de los poderes civiles prevalentes en dicho recorrido fue estrecha; su patriotismo, impoluto; su romanismo, acendrado; sus trabajos, esforzados, y su eclesiología, alícuta. Comparado con otras élites del mismo lugar y tiempo, la jerarquía eclesiástica española, por los datos que podemos barajar, no desmerece ante las de palmares más fecundo ni en afán de entrega ni en resultados positivos. En ella, las sombras —muchas y espesas— no ven-

cen las luces, si no esclarecidas, si vigorosas y, a veces, esplendentes.»

El libro incluye al final unos Apéndices de documentación y un índice de todos los obispos estudiados con sus datos más relevantes.

El libro está escrito con claridad y precisión. La sistemática está muy lograda. El texto es interesante; lo son igualmente las notas que lo acompañan: en ocasiones son, al menos, tan expresivas como los datos y cifras aportados. El estudio es, principalmente, descriptivo; cuando se formulan juicios de valor, se encuentran debidamente apoyados y razonados. Las conclusiones son del mayor interés para los historiadores de la Iglesia en España; pero si se tiene presente la influencia que la Jerarquía ha ejercido en nuestra vida política y social, la lectura de este libro resulta conveniente y aun obligada para quien sienta preocupación por conocer la trayectoria histórica de España en estos dos últimos siglos. En fin, el estudio abre la vía a la reflexión: el profesor Cuenca, en este libro y en otros, ha dado y puede seguir dando, con autoridad difícilmente superable, respuesta a interrogantes que el tema suscita en estos tiempos de cambio continuo y profundo.

El Catolicismo es un elemento sin el cual no puede conocerse la historia ni la vida real en España: la ignorancia o menosprecio de este dato ha sido un error que, en determinados momentos, ha llevado a situaciones muy dolorosas. Por otra parte, la Jerarquía católica en España ha mantenido, generalmente, posturas más conservadoras que en otros países; y —lo que puede ser más grave— ha pretendido imponer a individuos y comunidades, por la vía de la presión estatal, determinados criterios políticos y morales que habían perdido vigencia social. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado han

sido siempre y en todas partes varias y difíciles: entre nosotros lo han sido de manera muy especial. En España no existe más experiencia que la de un Estado confesional de corte tradicional con intervalos cortos y dramáticos de Estado laicista: ninguna de estas dos experiencias es hoy deseable. Los tiempos de la crispación y de las guerras de religión han pasado, pero determinados temas —enseñanza, divorcio, uso de medios de comunicación— muestran que todavía existen dificultades y que aún no se ha encontrado la línea del equilibrio. En ocasiones, se pretende identificar las leyes civiles con los principios de la moral católica; en otras, se quiere negar cualquier relación de las mismas con un orden ético objetivo que no sea el puramente sociológico. De un dogmatismo político-religioso se ha pasado a un relativismo moral sin fronteras. Demasiadas cosas han cambiado, demasiadas en poco tiempo.

La Jerarquía ha pretendido asumir, en otros tiempos, un adoctrinamiento de la sociedad; hoy advierte que tal pretensión asoma, desde determinadas esferas del poder político, con criterios éticos muy diferentes, para proyectarse sobre el individuo y la comunidad. Todo ello puede producir y está produciendo tensiones. Y, sin embargo, seguramente el problema, más grave que la Jerarquía debe afrontar hoy, entre nosotros, no es la pérdida de poder político ni siquiera esa competencia adoctrinadora. El reto que tiene que asumir es el de la reevangelización de una sociedad que soporta una progresiva desespiritualización y que selecciona los principios de la vida y de la ética cristiana: recoge los que le agradan y rechaza con toda naturalidad los que le suponen molestia y sacrificio.

Ciertamente, no se le puede pedir a un profesor e investigador que resuelva las tensiones que hoy pueden existir entre